

Las lectoras del periodismo literario de Yucatán del siglo XIX (1860-1870)

The Readers of the Literary Journalism of Yucatan of the 19th Century (1860-1870)

CELIA ESPERANZA ROSADO AVILÉS

Universidad Autónoma de Yucatán, México

celroavi@correo.uady.mx

ORCID ID <https://orcid.org/0000-0002-9681-1996>

ÓSCAR ORTEGA ARANGO

Universidad Autónoma de Yucatán, México

orarango@correo.uady.mx

ORCID ID <https://orcid.org/0000-0001-6444-1399>

Resumen: El presente texto tiene como objetivo evidenciar algunos de los rasgos que caracterizaron al lector en los periódicos literarios para mujeres del siglo XIX en la Península de Yucatán (México) a partir del estudio de las dinámicas y situaciones contextuales presentes durante la década de 1860 a 1870 en dos periódicos como son *La Biblioteca de Señoritas* y *La Siempreviva*. Dichos textos resultan relevantes pues, a pesar de estar relacionados con el catolicismo tradicional o los impactos de las reformas liberales, intentan configurar una mujer que recibe diversas modificaciones frente a la tradición en sus textualidades. El resultado es que uno de ellos se establece como un periódico que construye un lector masculino que tiene como fin guiar a las mujeres, en tanto que el otro configura una lectora que se caracteriza como ilustrada en camino a su emancipación.

Palabras clave: *La Biblioteca de Señoritas*; *La Siempreviva*; Lectoras; Yucatán; Siglo XIX.

Abstract: The present text aims to show some of the features that characterized the reader in the literary newspapers for nineteenth-century women in the Yucatan Peninsula (Mexico) from the study of the dynamics and contextual situations present during the decade from 1860 to 1870 in two newspapers such as *La Biblioteca de Señoritas* and *La Siempreviva*. These texts are relevant because, in spite of being related to traditional Catholicism or the impacts of liberal reforms, they are dedicated to set up a woman who receives several modifications

to the tradition in its textualities. The result is that one of them is established as a newspaper that builds a male reader that aims to guide women, while another one configures a reader who is characterized as enlightened on the way to her emancipation.

Keywords: *La Biblioteca de Señoritas*, *La Siempreviva*, Readers, Yucatan, nineteenth-century.

INTRODUCCIÓN

A partir de 1860 se puede observar la inserción de textos producidos por mujeres en los periódicos literarios en Yucatán (México). Durante esa década, un colectivo de escritoras se fue configurando de manera clara y se imprimieron, con mayor abundancia, publicaciones dirigidas al público lector femenino. El avance de la política liberal y la llegada de los intelectuales cubanos a Yucatán fue el impulso definitivo para el desarrollo de la prensa literaria dirigida y producida por las mujeres en esta región.

El interés de los escritores yucatecos por formar lectoras y publicar textos de escritoras se remonta a los periódicos de la generación de 1840 tales como *El Museo Yucateco* (1841-1842) y *El Registro Yucateco* (1845-1849) que abrieron espacios de lectura dedicados “A las yucatecas” y publicaron textos de autoras reconocidas como la tabasqueña Catalina Zapata (?-1892) y la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) (Cortés 2003, 25). Pese a que durante esos años pocas mujeres aparecieron en las listas de suscriptores se cree que su participación como promotoras y patrocinadoras de los proyectos literarios fue relevante, no solo por los múltiples agradecimientos publicados por los redactores, sino porque la élite económica yucateca incluyó a mujeres que manejaron grandes fortunas con bastante autonomía (Arcila 2002, 121), por lo cual no sería extraño que hubieran dotado de recursos económicos a diferentes proyectos culturales y editoriales.

En estas dinámicas, y valiéndose de diversos géneros literarios, se comenzaron a publicar los periódicos para mujeres en Yucatán. Así, en 1861 circuló *La Biblioteca de Señoritas. Lecturas del Hogar* en su primera época, dirigida por el maestro, poeta y fabulista José García Montero y con una clara tendencia católica. En 1868, en plena República Restaurada (Granillo Vázquez y Hernández Palacios 2005, 136), entró en circulación una nueva colección de *La Biblioteca de Señoritas* que entonces presentó como redactor en jefe al colombiano (exiliado en Yucatán) Darío Mazuera. Este había nacido en Cartago, fue miembro del partido conservador colombiano y de las huestes del caudillo Julio Arboleda cuando enfrentó la revolución de 1860 en ese país. A partir de entonces, la carrera de Mazuera fue ascendente y rápida. Fue gobernador de Buga y de Palmira. Pasó a la historia colombiana por haber fusilado a una gran cantidad de liberales, al grado de ser conocido como “el mata hombres de Julio Arboleda”. Sin embargo, en 1862, fue dado de baja del ejército colombiano por el mismo Arboleda, después de que Mazuera le hubiera hablado “en términos atrevidos y amenazantes”. Mazuera huyó a Antioquía, no sin antes llevarse un buen botín. Se sabe que se refugió en Lima, entre 1863 y 1865, en donde se convirtió en persona de confianza del presi-

dente del Perú, general Juan Antonio Peste. La historia en Lima terminó con Mazuera extorsionando al presidente. En México trabajó al servicio del general Antonio López de Santa Anna, ex presidente por aquel entonces, hasta convertirse en su secretario privado y hombre de confianza. La relación con Santa Anna se complicó cuando Mazuera le solicitó dinero para conocer Estados Unidos. Se le envió con una comisión para llegar a algunos acuerdos con unos banqueros de Nueva York. Mazuera gastó los dineros dados y, de paso, falsificó la firma de Santa Anna para obtener una fuerte cantidad de dinero que el ex presidente tenía en bancos norteamericanos. En Nueva York conoció al poeta colombiano Rafael Pombo, quien le ayudó a huir a París. Allí Mazuera conoció a Alejandro Dumas y Julio Simón, quienes le firmaron un álbum que tiempo después tendría que vender. Huyendo de las autoridades y con una economía disminuida, viajó a La Habana, en donde encontró al también colombiano Fernando Escobar, quien para entonces era médico del capitán general de Cuba. Mazuera decidió chantajearlo con una historia de bigamia, lo cual hizo que el médico lo delatara como un “terrible revolucionario y criminal colombiano” ante las autoridades de la isla, quienes lo desterraron a México en un vapor que literalmente lo “arrojó” a las playas de Yucatán. Aquí contó con la protección del literato Francisco Altamirano. Cuando los republicanos derrotan a Maximiliano en 1867, los liberales iniciaron una serie de represalias contra los que apoyaron la monarquía; esto llevó a Mazuera a la dirección del periódico *El Combate*, desde el cual había “llamado a la guerra civil contra la monarquía”. El 14 de agosto de 1868 cayó en manos de las tropas enemigas, quienes apresaron a Altamirano y a Mazuera como conspiradores y fue fusilado (Valencia 2001, 1-6).

Para 1869 figuraban como redactores de *La Biblioteca* Darío Mazuera (a pesar de su muerte el año anterior) y Francisco Sosa y García Montero; y, en esa ocasión, se imprimió con Rafael Pedrera. *La Biblioteca* es relevante para este análisis debido a que logró juntar una de las colecciones más voluminosas en tanto revistas para mujeres en el Yucatán del siglo XIX al completar tres series. Uno de sus mayores logros fue contar entre su lista de colaboradores con la élite intelectual (masculina y femenina) del momento en el territorio peninsular.

Un cambio significativo se dio pocos años después, en 1870 (y con el impulso de los movimientos liberales), al iniciarse en México la llamada etapa de la autonomía editorial de las mujeres, en la cual sus proyectos se sustentarían, casi en su totalidad, en los trabajos de escritoras y editoras. En ese año, en Yucatán se dio un paso definitivo en el camino de la escritura y la educación femeninas con la aparición de *La Siempreviva. Revista Quincenal. Órgano Oficial de la Sociedad de su Nombre*, publicación de suma importancia, producto de los trabajos de la primera Sociedad Femenina en la Península de Yucatán. De hecho, en el México de aquel momento la noción de revista redactada por mujeres, vinculada a una sociedad femenina, era novedosa. A partir del surgimiento de *La Siempreviva*, se registraron en el país, al menos, ocho publicaciones dirigidas y redactadas por mujeres, que mostraron la capacidad de las escritoras para agruparse y llevar a cabo proyectos editoriales. Como se puede inferir, *La Siempreviva* evidenció el interés de los intelectuales liberales decimonónicos por colocar a Yucatán

en la vanguardia del acontecer nacional, ahora en el marco de la educación y creación literaria femeninas. *La Siempreviva* inició su circulación en la ciudad de Mérida (Yucatán) el sábado 7 de mayo de 1870 y se promocionó como una revista exclusivamente redactada por señoras y señoritas, dedicada a “las bellas artes, ilustración, recreo y caridad” (*La Siempreviva* 1870, 1:1).¹ Sus textos estuvieron muy lejos de pretender “formar una literatura yucateca” (1: 3), pero sí dio cuenta de un ambicioso proyecto, bajo el amparo del estado liberal, a favor de la educación femenina que incluyó: 1) la formación de una sociedad literaria, 2) la publicación de una revista redactada por mujeres y 3) la apertura de una escuela para niñas, en ese orden de aparición y todas con el nombre *Siempreviva*. Aunado a ello, estas mujeres dejaron testimonio de los enfrentamientos que sostuvieron con sus mismos promotores (el Estado liberal) al momento de decidir las características de la educación para las niñas que se impartiría en la escuela.

Aunque se puede mencionar que en los siguientes años aparecieron otras publicaciones, tales como *La Aurora. Semanario de las Señoritas. Ciencias, Literatura, Economía Doméstica y Variedades* (1870), *La Aurora. Periódico Científico de Artes y Modas Dedicado al Bello Sexo* (1891), *Azul y Gualda. Semanario de Letras y Artes para el Recreo de las Damas* (1895?), entre otros, son *La Biblioteca de Señoritas* y *La Siempreviva* las que desarrollaron una propuesta sólida.

Como se puede ver, los periódicos literarios para mujeres ocuparon un espacio importante en las tareas de los escritores yucatecos decimonónicos. Como en otras partes de México, el público lector femenino concentró la atención de los intelectuales de diversas facciones políticas, quienes idearon formas diversas para atrapar su atención. Pero, aún más, estos periódicos fueron el semillero de la primera generación perfectamente configurada de escritoras yucatecas que se insertaron con eficacia en el mapa literario mexicano. Por todo ello, el objetivo del presente texto es hacer revisión de las propuestas, discursos y estrategias de los periódicos para/de mujeres con el fin de intentar configurar al nuevo público lector femenino en el escenario literario de la península de Yucatán durante el siglo XIX.

Para cumplir este objetivo se decidió profundizar en dos de las publicaciones antes mencionadas: *La Biblioteca de Señoritas* y *La Siempreviva*, pues cada una de ellas respondió a una ideología particular y a una concepción diferente de lo que debía ser el periodismo para mujeres. Cabe señalar que en *La Biblioteca* participaron activamente los escritores de la generación de 1860, en particular aquellos quienes habían sido identificados con el grupo pro-imperial, mientras que *La Siempreviva* fue promovida por el grupo liberal. La primera es una revista escrita y dirigida fundamentalmente por hombres y la segunda es una publicación impulsada por los intelectuales liberales, pero redactada por mujeres que resurge en el marco de una sociedad literaria. En tal sentido, antes de poder evidenciar al tipo de lector presente para dicho período, se debe

¹ Se citan los periódicos indicando el año de publicación, el número o serie correspondiente (en caso de ser necesario) y la paginación original.

comenzar con una revisión sobre la educación, las sociedades literarias y el periodismo en el Yucatán del siglo XIX.

EDUCACIÓN, SOCIEDADES LITERARIAS Y PERIODISMO PARA MUJERES EN EL YUCATÁN DEL SIGLO XIX

Como se puede apreciar, los periódicos literarios para mujeres surgieron en medio de toda una serie de debates políticos y legislativos sobre el tipo de educación que se les debía ofrecer y el lugar que debían ocupar en la sociedad. Si bien estas discusiones se generaron desde los primeros tiempos del México independiente, se acrecentaron más en el período que fue de la Reforma al triunfo del partido liberal. Por ello, se activó como respuesta una abundante producción literaria católica impulsora de las costumbres cristianas, en el marco del proceso de secularización liberal. Una de las primeras manifestaciones de esta estrategia fue *La Sociedad Católica* (1868), cuyo objetivo fue anular las ideas de las sociedades liberales. Ahora bien, cabe señalar que este proyecto no fue dirigido, en forma exclusiva, a las mujeres, aunque en los periódicos dirigidos a ellas se pueden encontrar muchos de los postulados del neocristianismo: “apoyados por el catolicismo europeo y los documentos pontificios que fueron delineando un nuevo proyecto sociopolítico que se ha denominado de neocristiandad. Esta pretendía establecer una sociedad paralela a la secular y resolver de fondo la llamada cuestión social que, según ellos, había sido desatada por el liberalismo y las revoluciones” (Ceballos 1968, 153).

Las pugnas del conservadurismo clerical con los liberales fueron fuertes en Yucatán, en términos de espacios de enseñanza, y se llevaron a cabo en los periódicos buscando legitimar diferentes tipos de gobierno, de educación y de literatura para mujeres. En los periódicos de la época se pueden encontrar testimonios de las distintas propuestas respecto a la enseñanza de las primeras letras. Por ejemplo, en *La Biblioteca de Señoritas* apareció una composición, leída por una niña al finalizar los exámenes del Liceo Católico, en la cual se muestran, con claridad, los preceptos de la educación para mujeres apoyados por el conservadurismo clerical:

*Vuestro interés loable
De la virtud que me demarcó la senda
Y vuestra voz afable
Me dice infatigable
Que existe un Dios y que su ley aprenda
(La Biblioteca, 1868: 120).*

En contraposición, y como parte del impulso del gobierno estatal liberal, en 1870 se fundó el Liceo de Niñas La Siempreviva y, en 1874, El Ateneo (una sociedad de hombres que inició sus trabajos bajo los auspicios del gobernador Eligio Ancona y del vicegobernador Carlos Peón), el cual permitió el acceso a las mujeres (Menéndez 1995, 142-143). Este

último fue una figura importante para construir la férrea oposición al dominio de la Iglesia en la educación en el Yucatán de esas épocas. Para ello, estimuló y patrocinó el desarrollo intelectual de las mujeres, apoyando sociedades como La Siempreviva y La Unión Protectora.

Otras agrupaciones, salidas de las logias masónicas y apoyadas por Carlos Peón, fueron El Conservatorio y La Emulación. El propósito de la Emulación fue fundar un liceo para niñas y luego se decidió establecer allí el Colegio Hidalgo (143) el cual trabajó a partir del concepto de libertad de conciencia. En 1877 se expidió la ley que declaraba obligatoria y uniforme la educación en todo el estado y el 16 de septiembre, de ese mismo año, se abrió el Instituto Literario para Niñas, primero de su tipo en Yucatán (Menéndez 1995, 124-127).

Las tensiones entre el conservadurismo clerical y el proyecto liberal continuaron hasta finales del siglo y los liberales yucatecos fueron sumamente radicales al respecto. Por ejemplo, mientras que Justo Sierra Méndez abogó por permitirle al clero impartir instrucción, bajo la supervisión del Estado, el diputado por Yucatán Cisneros Cámara consideró de “Solemnísimo absurdo” la posición de Sierra (131).

La educación de las mujeres, desde la perspectiva liberal, debía generar una “libertad de conciencia”; es decir, pretendía la creación de una conciencia no católica, pero el proyecto nunca fue pensado como equivalente a impartir una educación igualitaria para hombres y mujeres. Tanto las escuelas como los programas que en ellas se impartieron estuvieron diferenciados por género prácticamente durante todo el siglo.

El proceso era complejo porque, si bien es cierto que la Iglesia católica significaba un obstáculo para el proyecto liberal en su conjunto, lo era, también, que la ideología cristiano-católica reforzaba, con su discurso, el papel de las mujeres como compañeras ideales de los ciudadanos. Además, dentro de las sociedades católicas de beneficencia, las mujeres pudieron desempeñar roles que, en otros ámbitos, ocuparon solo los hombres. Por ello, el discurso católico y el liberal parecen tener coincidencias en relación al papel social de las mujeres (Guerrero 1997, 7-9).

En este orden de ideas, escritores, periodistas, políticos e intelectuales mexicanos participaron en estas discusiones. Ignacio Ramírez, por ejemplo, fue categórico y sumamente avanzado sobre el tipo de instrucción que deberían tener los hombres y mujeres del nuevo México:

¿Cuál es el mínimo de los conocimientos que por ahora se exige a todo miembro de la familia humana? La corona de la pubertad deshonor al hombre y a la mujer cuando no la acompaña con las joyas de una instrucción que no recibirán por cierto en ningún catecismo religioso. Lectura, escritura, aritmética, geografía, historia, dos o tres idiomas, dibujo, un oficio o los principios de una profesión y algunos rudimentos de las leyes civiles y criminales, y en las instituciones patrias apenas se consideran como conocimientos bastantes para que la juventud aspire al título de padre o madre de familia. ¡Y para llenar tantas exigencias del siglo se nos propone un Ripalda! (Ramírez 1949, 156).

No obstante, no todos los liberales serían tan progresistas como Ignacio Ramírez, ni todos los conservadores considerarían que la instrucción religiosa era la única a la

cual podía acceder la mujer: “Unos cuantos literatos –Guillermo Prieto, José Rosas Moreno, Tomás de Cuéllar, Salvador Díaz Mirón (mediante leones, palomas, combates y nidos)– con Justo Sierra, declaraban ambiguamente “[que] la niña mexicana no ama la literatura nacional, argumentando que las mujeres ni sabían ni podían escribir” (Granillo 2005, 133).

En este contexto, en periódicos de primera importancia como *El Renacimiento* (1869), el yucateco Justo Sierra Méndez le otorgó a la mujer, siguiendo el ejemplo estadounidense (Dumas 1992, 81), un papel fundamental como regeneradora de la patria bajo el amparo de la religión. En sus discursos, Sierra Méndez exaltó de forma constante el papel redentor de la mujer, ya fuera en la familia, la sociedad y, más tarde, en la enseñanza (1992, 82). En términos generales, el positivismo no significó un cambio importante en la vida de las mujeres. A partir de la nueva corriente de pensamiento, se trataron de utilizar explicaciones científicas para reinterpretar la situación que la Iglesia católica determinó como adecuada.²

Así, en un clima plagado por el pensamiento romántico y religioso que exaltó las bondades de la buena madre, la buena hija y la buena esposa, se empezaron a introducir nuevos descubrimientos científicos que dieron justificación a las limitaciones que tenían las mujeres para determinadas actividades físicas y mentales. Este fue el marco en el cual las yucatecas se incorporaron a la escena periodística: primero como colaboradoras, luego como asistentes y participantes de las Veladas Literarias llevadas a cabo en Mérida, más tarde como editoras de periódicos literarios y, finalmente, como lectoras.

EL LECTOR DE LA *BIBLIOTECA DE SEÑORITAS*: UNA CONTINUIDAD MASCULINA

Es de resaltar que el discurso católico-conservador de *La Biblioteca de Señoritas* logró un buen número de lectores/as en el territorio peninsular, como lo demuestra el que la revista alcanzara a completar tres series. Respecto a los lectores reales, no se tiene una nómina de suscriptores, pero, en una nota insertada en la primera serie, se dio noticia de su considerable aumento: “hasta la tercera entrega *La Biblioteca* tenía solo diez y

² Como parte de esas explicaciones, por las cuales las mujeres no podían desarrollar determinadas actividades, se publicó en *El Álbum Meridano* un artículo titulado “¿En qué consiste la diferencia de carácter que se nota entre el carácter de los hombres y las mujeres?”, en el cual se explica que, según investigaciones de Malebranche, la diferencia entre el pensar y sentir de hombres y mujeres se debía al grado de fibras que tenían en el cerebro: “Por eso la frente de las mujeres es más pequeña y más estrecha (...) se verá que si ciertos órganos son más pequeños en un sexo, también sus funciones son más débiles y que si otros órganos son mayores funcionan con más energía. También se convencerá de que no es la educación sino la naturaleza que por medio de una organización variada, señaló a cada paso su esfera particular de actividad moral o intelectual y que no puede explicarse la diferencia del carácter de cada uno de ellos, sino por la diferencia de su organización” (*El Álbum Meridano* 1869, 20).

ocho suscriptores y al terminar hoy el primer trimestre cuenta con ciento setenta, teniendo en Tekax [un municipio del estado de Yucatán] hasta suscriptores por un año y que han pagado anticipado su valor” (*La Biblioteca* 1868, 10). Después de la muerte de Mazuera, la revista se vio sumamente afectada, al grado que al cerrar la tercera época solo se registraron 46 suscriptores (40 hombres y 6 mujeres).

La Biblioteca dirigió su atención mucho más a las sociedades literarias locales que a las nacionales, pese a que son conocidos los fuertes vínculos entre sus redactores y la intelectualidad mexicana. Esto, quizá, se debió al deseo de aplicar en el ámbito regional el proyecto regenerador, agrupando a escritores locales de diferentes facciones en torno a un proyecto común, a la manera de las Veladas Literarias. De hecho, en la editorial del 9 de enero de 1869, Francisco Sosa hizo una apología de la sociedad literaria “La Minerva”, pero antes recordó las reuniones de este tipo en la Ciudad de México, “surcidas de la inquietud de Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Manuel I. Altamirano, Manuel Peredo, Justo Sierra, Luis Ortiz y muchos otros poetas” (*La Biblioteca* 1869, 10-11). El redactor no olvidó, en particular, aquella en la que Altamirano dio a conocer los trabajos de Sierra Méndez o las fastuosas reuniones celebradas en casa de Vicente Riva Palacio:

Altamirano animó con sus escritos a la juventud y con sobrada justicia puede llamársele uno, acaso el primero, de los restauradores de la literatura en México. Nosotros tuvimos ocasión no hace mucho de relacionarnos íntimamente con la mayor parte de los poetas que concurrieron a las Veladas de México [...] Algunas fueron verdaderamente fastuosas como las que tuvieron lugar en las casas de los señores Martínez de la Torre y Riva Palacio, y en cambio otras muy modestas como las de Chavero (11).

Para Francisco Sosa, las Veladas Literarias que habían iniciado en la ciudad de Mérida debían marcar la regeneración de la sociedad yucateca, tal y como sucedió con el antecedente en la capital: “al fragor de los combates, sucede la armonía de los cantos de los poetas, a la lucha y división de los hermanos el abrazo de fraternidad bajo las naves del templo de las letras (...) no hay odios, todo se olvida” (9). En la descripción que Sosa hace de las veladas yucatecas, destacó que las anfitrionas fueran mujeres. No obstante, su participación como ejecutantes estuvo más relacionada con la música que con la poesía:

Allí destacaban las grandes figuras de Pérez Ferrer y Aldana nuestros maestros en el lenguaje de las musas, allí la insigne tocadora, la concertista Sra. Medina de Gómez que arrancaba al piano notas tan dulces y acabadas. Allí Isabel Heredia, el hábil violinista (...) Manuel Ortiz no menos inteligente y entusiasta por el arte y que tan grandes progresos ha hecho en aquel difícil instrumento; allí, por último, un bardo proscrito Mazuera que en medio del gozo y las atenciones de los amigos tenía que suspirar, porque ese es solo el patrimonio del desterrado (9).

Volviendo al tema que nos ocupa, es impensable que con la estrecha relación de Francisco Sosa con Riva Palacio y de Darío Mazuera con Altamirano, esta publicación

no hubiera circulado más allá de las fronteras regionales y/o se circunscribiera a las lectoras peninsulares. En este tenor, quizá parte fundamental del éxito de *La Biblioteca* fue que se inscribió en la tradición de “lecturas para el hogar”, con fuertes intereses morales, y se dirigió a los miembros masculinos de la familia y no, de forma exclusiva, a las mujeres, pese a su título. Por ello, no publicaron numerosos ensayos que abordan cuestiones domésticas, de exclusivo “interés femenino” o, por ejemplo, asuntos de modas pues solo hubo un artículo sobre moda de la autoría de García Montero, el cual proponía que sin falsas banalidades la gente debería aparecer en público vestida de forma decente, y recordó algunos artículos sarcásticos publicados en otros periódicos de la península de Yucatán como *Don Bullebulle* (1868, 82-84). Es más, las apelaciones directas a las lectoras tan solo pueden encontrarse en algunos editoriales, casi siempre al inicio de una serie, o en poemas esporádicos. Aunado a ello, el discurso crítico sobre la mujer sobrepasó el ensayo y se evidenció en la lírica, dando lugar a una gran cantidad de textos que hicieron sorna del papel social de las mujeres y de los enormes trabajos que les significaron a los hombres el lidiar con ellas. Un ejemplo de ello es este texto de García Montero:

*Son las mujeres, Dios me lo perdone,
las que revuelven todo el universo
en vano, en vano, el hombre se propone
el fruto recoger con grande esfuerzo,
y aunque las cosas bien derechas pone
le dice la mujer yo te las tuerzo
(La Biblioteca, 1868, 19).*

Mujeres de todas las clases sociales tuvieron una referencia en la publicación. Por ejemplo, Darío Mazuera publicó un artículo titulado “El Maestro Julián” (*La Biblioteca*, 1868: 42), que dio cuenta de un anciano personaje de la ciudad de Mérida, quien se ganaba la vida escribiendo cartas, en particular cartas de “sirvienticas enamoradas”. El pintoresco artículo se transformó, al final, en una dura crítica al comportamiento ingenuo de las mujeres de las clases menos favorecidas.

A pesar que la intención de la revista no fue impulsar una transformación del *deber ser* femenino, *La Biblioteca* presentó algunas propuestas interesantes respecto de la educación femenina precisando la necesidad de una educación para la vida práctica, acorde con los nuevos tiempos. Pese a que García Montero trabajó como profesor, estas divagaciones tampoco fueron muy amplias y vinieron casi siempre de la mano de Darío Mazuera.

En suma, *La Biblioteca* prefiguró como lector modelo (Eco, 1999) a hombres intelectuales de la región; de hecho, las redes intertextuales en el periódico permiten suponer que los redactores son parte de esos lectores modelo configurados. Así, pues, es común encontrar en la publicación juegos de ingenio entre los redactores que poco tienen que ver con, en ese entonces, lo considerado como lecturas para mujeres. Un claro ejemplo lo ofrecen García Montero y Apolinar García y García; el segundo inició el juego aclarando que lo tomó de entre las “chacotas mujeriles”:

*Es el caso José: que en gran tertulia
recibiendo chacotas mujeriles,
de una tal doña Inés, de su hija Julia,
de una Estebana de cuarenta abriles,
y de otras más vecinas, cuyos nombres
no he guardado jamás en la memoria,
me encontraba gozando, y no te asombres,
que altercar con mujeres es mi gloria.
(La Biblioteca, 1868, 37).*

Ahí dio inició la lucha retórica “cada quien con su firma bien plantada”, en la que “El Mus” (Apolinar García y García) estableció la posibilidad de recibir “tremenda revolcada”, pues García Montero era, por esos tiempos, un poeta con mucha más experiencia literaria.

Las bravuconadas de “El Mus” fueron respondidas por García Montero en un texto firmado con el seudónimo de Tripón³ y dedicado a “Mi querido amigo Apolinar García y García”. En este, el asunto entre gordos y flacos continúa:

*Porqué, o buen Mus, tuviste la flaqueza
de atacar mi volumen estupendo
quisiste sacudirme la pereza
para luchar conmigo ¡bah! Ya entiendo...
más te engañas que soy hombre pacífico
¿Incomodarme a mí? ¡vana quimera!
Tu cacumen musiano, ledo artificio
nada podrá contra esta mi flojera
(La Biblioteca, 1868, 42-43).*

Quizá porque el tono de esta lucha literaria empezó a subir de nivel, en la página 47, en la sección de noticias titulada “Canastilla”, apareció la advertencia de que se trató de un “juego entre caballeros” y, por tanto, no fue su intención herir ninguna susceptibilidad: “La polémica que se ha suscitado entre nuestros colaboradores García Montero y García García sobre los gordos y los flacos, nos hace recordar lo que sobre el mismo tema tuvo lugar en Madrid, por medio de la prensa, entre afamados literatos [...] Las composiciones de los mencionados colaboradores, han sido consultadas previamente de manera amistosa entre ellos” (1868, 49). Este tipo de relación interdiscursiva entre los colaboradores, continuó en la publicación, siempre plagada de humor y haciendo referencia a las dotes de enamorado de este o aquel escritor y no a temas ubicados como “de interés femenino” en las revistas de la época (47).

El gusto de los redactores por los poemas, anécdotas y chascarrillos de jóvenes enamorados fue constante en la publicación. De hecho, en la página 65 introdujeron la noticia de la existencia de una hacienda de nombre Valix, en donde existió una

³ Mismo seudónimo que usó en *La Burla*.

plantación de bambúes en la cual los jóvenes iban a escribir sus poemas de amor, cartas y avisos. Ante la originalidad de estos textos anónimos, la redacción anunció su incorporación a las páginas de la revista.

En resumen, *La Biblioteca* aglutinó a importantes escritores yucatecos de tendencia básicamente conservadora, pero aceptó también entre sus filas a escritores extranjeros que propusieron discursos más abiertos y provocativos sobre el actuar femenino; todo ello inscrito en un espíritu reunificador de la república. Se puede decir que *La Biblioteca* es un claro ejemplo de la participación de los intelectuales yucatecos en las tendencias periodísticas del siglo, puesto que se inscribieron en una tradición de “lecturas para el hogar” que hizo ciertos guiños a las lectoras manifestando interés en su educación, pero construyendo un lector modelo masculino.

EL LECTOR DE *LA SIEMPREVIVA*: EL INTENTO DE CREAR LECTORAS MUJERES

El lector de *La Siempreviva* se inscribió ya en una tradición de “lecturas para mujeres” con amplios contenidos moralizantes que fueron presentados a través de juegos líricos, narraciones traducidas, relatos de viajes y fábulas. Pero quizá lo más importante en esta revista es que existe un verdadero interés de las escritoras por caracterizar una voz poética femenina. Por ello, el asunto fue más complejo que hablar desde un “yo” mujer y, más bien, se trató de definir un tipo de subjetividad femenina. Para construir ese contradiscurso, las mujeres reforzaron el sistema de diferenciación sexual, que las dotaba de su propia subjetividad vinculada a los lazos afectivos con la familia nuclear y con la sociedad (Kirkpatrick 1991, 36). Si bien esto pudiera parecer un retroceso, en verdad las dotó de un gran poder y un importante nivel de aceptación.

Investidas de estas características, se reforzó en el público lector femenino (a través de metáforas y alegorías) valores como la virtud, la humildad, la prudencia y la caridad; que resultaban definitivos debido a los grandes peligros enfrentados por las mujeres en un siglo que fomentaba su actividad más allá del protegido espacio doméstico. En este sentido, los textos dedicados a los álbumes de las jóvenes se enfocaron con mayor celeridad a estas temáticas. Por ejemplo, Gertrudis Tenorio Zavala publicó, un poema titulado “La virtud y la belleza” en el que se lee:

*Y por eso ¡ay! De la joven
a quien incauta enamoran
mañana llorará triste
si la virtud no atesora
porque ella es para las almas
que con su perfume adorna
lo que en la concha cerrada
es una perla preciosa
(La Siempreviva, 1870, # 10: 2).*

En algunas ocasiones, para conseguir un mejor acercamiento a sus lectoras, el hablante lírico asumió la caracterización de una mujer con mayor experiencia y edad, a quien un lazo emotivo vinculaba con el oyente (era la madre, la maestra, la amiga, etc.). Los múltiples textos elaborados para ser colocados en el álbum de alguna joven dama, que abundan en *La Siempreviva*, como parte de tradición literaria de la época, se alejaron de la exaltación de la belleza física para plantear, a partir de la intimidad hablante lírico femenino-oyente lírico femenino, una serie de advertencias y recomendaciones sobre el actuar de la mujer en el mundo social. De igual forma, los textos dedicados o dirigidos a las alumnas de determinada clase de la Escuela La Siempreviva, a las compañeras poetas y a las familias yucatecas que perdieron a un ser querido en la guerra, generaron en la publicación un sentimiento de “familiaridad” e “intimidad” entre autoras y lectoras. Esto podría llevar a pensar en un circuito de distribución sumamente estrecho, o en una estrategia, que recreaba una conversación íntima con alguien muy cercano.

Ahora bien, ¿eran los lectores de *La Siempreviva* únicamente mujeres de la élite ilustrada yucateca?, ¿lo fueron tan solo las socias y alumnas de la escuela?, ¿lo eran los políticos liberales y conservadores?, ¿los clérigos y los intelectuales?, ¿era una revista cuyos límites se circunscribieron a la región? En primera instancia, se puede afirmar que *La Siempreviva* se dirigió en forma explícita a un lector ya determinado lingüísticamente como femenino, al que se apeló constantemente y se invitó a participar en el proceso educativo de la mujer yucateca, así como en las páginas del periódico. Sin embargo, en el primer número se encuentra una nota en la cual las redactoras agradecieron el decisivo apoyo de “diez señores, que sin conocer siquiera las bases de nuestra publicación nos enviaron sus nombres para que los contásemos como tales” (#1: 4). Debido a la ausencia de una lista de suscriptores, es imposible saber con exactitud los nombres de estos impulsores de la escritura femenina, pero es de suponer que fueron miembros del partido liberal. Lo que sí queda claro es que, pese a que el lector modelo de las editoriales es caracterizado, en su mayoría, como femenino, los lectores masculinos estuvieron lejos de ser olvidados por las redactoras. La razón fue de lo más lógica: la posibilidad de aumentar el número de suscriptores crecía considerablemente si se podía convencer a los hombres de que ese era el tipo de lectura adecuada para sus familiares mujeres. Además, las autoras habían participado de *La Biblioteca* y la literatura moral, extensiva al público general, era parte de su horizonte de intelección. Aún más, los hombres constituyeron esa clase intelectual legitimadora del trabajo de las escritoras, elemento de suma trascendencia para ellas.

Por todo ello, las escritoras pusieron gran empeño en ampliar la circulación de su revista y en establecer contactos con otras publicaciones y otras sociedades de mujeres más allá de las fronteras yucatecas, cuidando insertar su correspondencia en la publicación, en especial cuando esta hacía énfasis en la titánica tarea que significaba ser mujer y poeta en el siglo XIX:

Las que ahora comienzan a balbucear las primeras palabras del progreso social; las que aún no han pisado los umbrales del templo de la gloria, las que no han ceñido sus frentes con

los lauros inmarcesibles del genio; las que se encaminan en medio de la indiferencia y del desprecio social a conquistar un porvenir en el santuario de la ciencia; finalmente, las que en vez de obtener sonrisa de protección, escuchan una sonrisa irónica de los hombres, solo pueden admirar a las elegantes escritoras de y sublimes poetisas yucatecas; sólo pueden ofrecerles una lágrima de consuelo y un recuerdo de simpatía a las dignas socias de la poética sociedad meridana “La Siempreviva” (1871, #28, 1).

Las redactoras también dieron cuenta de los periódicos que, a partir de entonces, incorporaron textos de ellas en sus páginas. El listado de estas publicaciones es mucho más extenso de lo que pudiera pensarse: *El Porvenir de la Niñez*, *La Voz de México*, *La Sociedad Católica*, *El Ángel de la Guarda*, *La Revista Universal*, *El Propagador Homeopático*, *El Diario Oficial*, *La Paz*, *El Correo del Comercio*, todos ellos de Ciudad de México; de Colima, *La Unidad Nacional*, *La Voz de Colima*; de Jalapa, *El Debate Público*, *El Lábaro*; de Mazatlán, *El Progreso*, *El Demócrata* y *La Voz del Pueblo*; de Campeche, *La Esperanza*; de Oaxaca, *La Verdad*; de Orizaba, *El Boletín del Hospicio*, *La Época*, *El Chichicaxtle*; de Veracruz, *El Progreso*, *El Bombo*, *El Republicano*; de Puebla de Zaragoza, *El Eco del Fisco*, *El Conciliador*; de San Andrés Tuxtla, *El Fomento de los Tuxtlas*; de Tlaxcala, *El Trabajo*; de Guanajuato, *La Ilustración Espírita*, *La Escuela de las Primeras Letras*, *La Unión Mejicana*; de Zacatecas, *El Inspector de la Instrucción Primaria*; de San Luis Potosí, *La Fe*, *El Relámpago*; de Lagos Aguascalientes, *El Sentimiento Popular*; de San Cristóbal de las Casas, *La Brújula* y *El Mosquito* (1870, #21, 3).

Como se puede ver, desde los títulos mismos, estas publicaciones provinieron algunas de capitales y otras, de pequeñas poblaciones; tuvieron las más diversas tendencias y objetivos. En este sentido, vale destacar que no todos fueron periódicos literarios, ni periódicos liberales y, mucho menos, periódicos para mujeres. Sin duda, esta circunstancia amplió, y por mucho, el espectro de los posibles lectores empíricos.

Siguiendo este orden de ideas, en el número dos de la revista apareció un texto dedicado a Juan Peón Contreras (hermano del poeta José Peón Contreras), Diego Hernández Escudero y Benito Aznar Dondé, que fue publicado con motivo de la inauguración de la Academia Artístico Recreativa de Mérida, de la cual eran miembros. El dato resulta interesante porque establece que estas mujeres dialogaron, a través de su revista, con la intelectualidad masculina de su medio.

Ahora bien, si todo el periódico dejó ver una fuerte inclinación al público lector femenino, son los editoriales los que cumplieron este precepto con mayor precisión. Ellos se ocuparon de la situación de la mujer en el mundo, de los avances de la mujer en Norteamérica y de los planteamientos educativos propuestos por los diferentes actores sociales de La Siempreviva. Sin embargo, una excepción fue la editorial del número siete, dedicada a “El C. Teodoro Ancona”, jefe político de la Villa de Tixkokob (Yucatán) con motivo del donativo de mil cargas de granos de maíz para repartir entre la población necesitada. El texto resulta interesante pues es uno de los pocos dirigidos a un político en acción y dio cuenta de ese vínculo sociedad literaria-élite política necesario para publicar en ese momento. Sin embargo, es importante señalar que, en el

artículo, el apoyo político se disfrazó, poniendo énfasis en la obra caritativa realizada; tema de suma relevancia para *La Siempreviva* que amparó su acción “en el principio santo de la caridad”.

Regresando a la configuración del lector, es claro que lo que dio sentido a la existencia de *La Siempreviva* fue llegar al público lector femenino para poner en práctica su apostolado educativo. Es decir, la conexión entre lectura y educación resultó eficaz para llevar a cabo el proyecto liberal. En un inicio las escritoras centraron su atención en sus alumnas, socias y conocidas, por una especie de necesidad de determinar, casi tangiblemente, a sus receptores. Pareciera ser que en sus comienzos literarios imaginar un receptor “real” facilitó, en mucho, sus tareas. No debemos olvidar que, si bien todas tenían experiencia en la publicación de trabajos literarios, nunca habían tenido la responsabilidad de redactar la totalidad de un periódico. Por ello, las escritoras ensayaron una estrategia que ya había funcionado en el caso de las españolas, y es crear una “hermandad literaria”:

El coro de poetas que por esta década tendía sus primeros vuelos por los semanarios literarios de Madrid y provincias, formaban (según se puede comprobar en los papeles) una especie de Hermandad literaria. Sin conocerse personalmente mantenía entre sí una correspondencia copiosa y efusiva, saludándose al principio y al fin de las cartas con el dulce título de hermana. Cada nueva firma femenina al pie de alguna poesía aparecida en las revistas literarias integraba a las otras poetisas, que se ponían en relación epistolar con ella (Kirkpatrick 1991, 88).

Esta postura de apoyo desinteresado coincide con la imagen del “ángel del hogar” y, al mismo tiempo, creó un sentimiento de apoyo y defensa contra los prejuicios y limitaciones de su sociedad. Para Kirkpatrick otra prueba de la existencia de esa “hermandad lírica” es la cantidad de textos que las mujeres dedicaron a otras poetas, con apelativos cariñosos, estableciendo casi una poesía de amistad femenina, tal como se puede observar en *La Siempreviva*.

No obstante, su poca experiencia, las escritoras fueron conscientes de que su publicación se encontraba en la mira de políticos e intelectuales, hombres y mujeres, más allá de las fronteras peninsulares. Por ello, las estrategias textuales que generaron para poder plantear discursos de apertura a la actividad femenina resultaron ingeniosas, complejas e interesantes. Entre otras, se pueden señalar cinco estrategias.

1. Las autoras aprendieron pronto que caracterizarse como hablantes líricos mujeres y viudas les permitió hablar del amor sensual, sin peligro de censura moral. Así, viudas o huérfanas son voces asumidas por el hablante lírico como en el texto de Catalina Zapata “Mis Recuerdos”, el cual da inicio con los siguientes versos: “Cubierta de luto yace / mi pobre lira ¡ay! Amigas / que el pensar en las fatigas / sus cuerdas enmudeció / Huérfana, sola en el mundo / sin ilusiones camino / porque le plugo al destino / Mi grata quietud turbar” (*La Siempreviva*. 1870, # 17, 1). Por ello, los oyentes líricos en los poemas amorosos estuvieron ausentes o muertos y los

- acercamientos corporales se vivieron tan solo en la imaginación del hablante o en sus recuerdos.
2. Las menciones del acontecer político se hicieron, en la lírica, a través de la justificación de que el hablante fue amiga o hija de los desaparecidos en la guerra o de los próceres regionales. Eso les permitió pedir justicia y cuestionar las políticas nacionales, a partir de la ausencia y soledad que su desaparición dejó en el hogar doméstico. El uso de esa “intimidad textual” llegó al punto, por ejemplo, de publicar un poema con el título de “A Manuel”, dedicado al prócer y gobernador liberal Manuel Cepeda Peraza, muerto unos años antes. Este texto resultó sumamente interesante, ya que el hablante lírico se presentó como “amiga de la esposa” del general Cepeda. La necesidad de socorrer a la población en desgracia fue otro de los pretextos usados para abordar la cuestión política. Por último, la muerte de “sus hombres” en la Guerra de Castas les otorgó autoridad suficiente para hablar del conflicto y de sus consecuencias sociales, culturales y económicas y pedir el exterminio de los sublevados. Es importante señalar que los valores en los cuales se sustenta la configuración de la mujer (víctimas o mártires) son cristianos, lo cual señala, de nueva cuenta, que las escritoras nunca se alejaron de ese horizonte de intelección.
 3. Crearon juegos intratextuales en los cuales participaron dos o tres poetas, y cuyo tema central fue el papel del sufrimiento y el dolor en la vida de las mujeres. Ejemplo de ello es Catalina Zavala, quien inició uno de esos juegos intratextuales en el número 10 con una publicación en la que, de justificar su ausencia en *La Siempreviva*, por motivos personales, pasó a una reflexión sobre el carácter y alma de la mujer, a la que se le unirán en textos posteriores Rita Cetina y Gertrudis Tenorio.
 4. La configuración del espacio del hablante lírico femenino como alejado del mundo y solitario. Es sumamente recurrente que sea en la noche o en la soledad, donde el hablante lírico puede expresarse. Este alejamiento, pese a ser un elemento presente en la literatura romántica, en general, es relevante porque ofreció la oportunidad “de decir” y “de reflexionar” por medio de la escritura. Es decir, las mujeres se ubicaron en espacios lejanos y desde ahí hablaron. Aún más, para sus colaboradoras españolas la soledad era un refugio a la incomprensión que vivían las mujeres con inclinaciones artísticas.
 5. Por último, la estrategia más directa: el uso del ensayo literario para motivar e informar a las mujeres de los logros de otras, más allá de las fronteras nacionales; aclarando, por supuesto, que no había nada más importante en la vida de las mujeres que su papel de madres (Granillo, 2005, 128). En este caso “el poder de la nueva mujer doméstica” se extiende a las mujeres escritoras como las expertas en regular una subjetividad femenina que se empieza a transformar a partir de las nuevas relaciones económicas.

De acuerdo con lo expuesto con anterioridad, es fácil comprender que *La Siempreviva* respondió a las condiciones de su entorno social, pero al mismo tiempo significó un importante avance en la publicación y escritura femeninas, pues las mujeres incurrieron en ámbitos hasta entonces estrictamente masculinos (las tareas editoriales,

el acontecer histórico-político, el pensamiento filosófico, etc.). Por ello, publicaron múltiples artículos que se ocuparon de promover la educación de la mujer, pero en tácita aceptación del lugar que hasta ese momento ocupaba en la sociedad. Una situación similar se puede encontrar en otras publicaciones de la época que trabajaron por mejorar la instrucción de la mujer, en las cuales la visión moral cristiana, también, estaba presente.

La configuración de los autores y lectores modelo de la *Siempreviva*, permiten ver, también, la evolución de las ideas feministas en Yucatán, aunque este haya sido un feminismo acotado, impulsado por el Estado liberal que, sin plantear un rompimiento total con la sociedad de su momento, buscó establecer algunas modificaciones. “La emancipación de la mujer” significó, desde su punto de vista, el acceso al conocimiento, pero nunca el rompimiento del orden social establecido en el cual la mujer debía estar bajo el “dominio moral del hombre”. Así lo menciona Rita Cetina:

La emancipación de la mujer como nosotras la entendemos, no separa a ésta moralmente del dominio del hombre, ni puede dar jamás el resultado de la abdicación de los sentimientos más nobles y más puros del alma; y si con ansia la deseamos es porque quisiéramos verla libre de las preocupaciones que sin cesar la circundan, haciéndola vivir en la ignorancia y constituyéndola por tanto en un ser excesivamente desgraciado (*La Siempreviva*, 1870, # 2, 1-2).

Sin embargo, el temor causado por estos planteamientos en el ánimo de los posibles lectores empíricos debió de ser fuerte, pues las redactoras apuntaron, en forma constante, que la ilustración y la introducción de la mujer a los “secretos de la naturaleza” de ninguna forma la alejaría de sus “sagrados deberes”, sino más bien, comprendiendo su verdadero valor, los cumpliría con mayor devoción. Sin duda, este periódico, con su escuela y su sociedad literaria, es un claro ejemplo del proceso complejo de secularización de la educación en México; proceso que involucró muchos más elementos que el plan desarrollado por el grupo político en el poder y el origen del dinero que pagaba esa educación. De hecho, la justificación de estas mujeres para promover la educación femenina se centró en que el estado de ignorancia en que estaba la mujer (en general) la convertía en un sujeto social poco útil y totalmente incapacitado para la vida.

ÚLTIMAS CONSIDERACIONES

El interés de los intelectuales yucatecos por ofrecer lecturas a las mujeres y discutir sobre la necesidad de educarlas, que se encuentra presente desde la década de los cuarenta, encontrará un nuevo impulso en la década de los sesenta. A partir de entonces, mujeres yucatecas empezaron a publicar textos firmados y se pueden identificar pequeños colectivos de escritoras que participaron, como colaboradoras, en las publicaciones de la época. En esta dirección se puede decir que *La Biblioteca* aglutinó a importantes

escritores yucatecos de tendencia, básicamente conservadora, pero que aceptaron entre sus filas a escritores extranjeros que propusieron discursos más abiertos y provocativos sobre el actuar femenino; todo ello inscrito en un espíritu reunificador de la república. Así, *La Biblioteca de Señoritas. Lecturas del Hogar* es un claro ejemplo de la participación de los intelectuales yucatecos hombres en las tendencias periodísticas del siglo, puesto que se inscribieron en una tradición de “lecturas para el hogar”, que hizo ciertos guiños al público lector femenino y manifestó interés en su educación, aunque manifestando claramente un lector masculino.

En contraposición, en *La Siempreviva* se puede reconocer el complejo proceso por el cual México transitó en el camino de convertirse en una sociedad más abierta e incluyente. Muchos de los planteamientos enunciados en esta revista, sobre la necesidad de educar a las mujeres, son producto de la evolución histórica del pensamiento liberal y habían sido señalados, en una etapa inicial, en *El Museo*, *El Registro*, *El Mosaico* y en algunas novelas históricas publicadas en la década de los sesenta. La simple idea de dotar a todos los miembros de la familia de “la misma dignidad” es renovadora en un país donde, en la práctica, existían derechos diferenciados por género. Y así lo afirma Rita Cetina: “Para conseguir la rehabilitación de la mujer no hay más que un remedio: la ilustración [...] Lo que buscamos y deseamos es el equilibrio del espíritu: la unión completa de la familia, de la sociedad, sin menoscabo de la dignidad de ninguno de sus miembros” (*La Siempreviva*, 1870, #2, 1-2). El plan de trabajo fue, entonces, escribir y educar para rehabilitar “al sexo femenino” y hacerle comprender la trascendencia de sus deberes sociales; con mucho cuidado en soslayar el asunto religioso. Lo cierto es que, a partir de estos parámetros, las mujeres yucatecas del XIX se lanzaron a la lucha por la publicación y la educación, construyendo una propuesta textual que medió entre lo requerido por los políticos liberales y lo aceptable para la sociedad decimonónica, que recibió la revista y/o asistía a la escuela.

El prestigio que las redactoras de *La Siempreviva* tuvieron antes de la publicación es incuestionable. Altamirano las invitó a participar de *El Renacimiento* y la élite conservadora yucateca, en las Veladas Literarias que se hicieron en Mérida. Siendo ya redactoras de *La Siempreviva* conservaron sus nexos y hasta el obispo Carrillo y Ancona les mandó copias de sus obras, aun cuando eran la cabeza visible del proyecto educativo liberal. Asimismo, apoyaron el desarrollo de la educación en manos del Estado y dieron a la mujer un papel relevante en el proceso educativo de la familia y la nación. No hay que olvidar que Rita Cetina fue una de las primeras mujeres en lograr la certificación como maestra de primeras letras en la península. En el plano textual, fueron cuidadosas para introducirse en el comentario político; sin embargo, acercaron con claridad a sus lectoras a las propuestas del feminismo norteamericano. La capacidad de gestión de estas mujeres les permitió, incluso, tener diferencias con el gobierno liberal (que las presionó para ser más combativas con la Iglesia) y, no obstante, pudieron continuar con su escuela, su sociedad y su publicación. Rita Cetina y Cristina Farfán de García Montero, ejercieron el resto de su vida una labor educativa y literaria a favor de la emancipación de las mujeres.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álbum Meridano, El. Semanario de Ciencias, Literaturas y Artes* (1869). Mérida: Imprenta Rafael Pedrera.
- Arcila Flores, Ramiro Leonel. 2002. *Las mujeres meridanas ante la normatividad y el derecho civil liberal 1872-1914*. Tesis de Licenciatura en Historia. Mérida: UADY.
- Biblioteca de Señoritas, La. Lecturas del Hogar* (1861, 1868, 1869). Mérida: Imprenta de Rafael Pedrera.
- Ceballos, Manuel. 1968. “Las lecturas católicas: cincuenta años de literatura paralela 1867-1917”. En *Historia de la lectura en México*, coordinado por Josefina Zoraida Vázquez, 153-204. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Cortés Campos, Rocío. 2003. *La novela histórica de Justo Sierra O'Reilly: la literatura y el poder*. Mérida: UADY.
- Dumas, Claude. 1992. *Justo Sierra y el México de su tiempo 1848-1912*. Ciudad de México: UNAM.
- Eco, Umberto. 1999. *Lector in fabula*. Madrid: Lumen.
- Granillo Vázquez, Lilia y Esther Hernández Palacios. 2005. “De reinas del hogar y de la patria a escritoras profesionales. La edad de oro de las poetisas mexicanas”. En *La República de las Letras. Asomos a la Cultura Escrita del México Decimonónico*, editado por Belem Clark de Lara, volumen II, 121-156. Ciudad de México: UNAM.
- Guerrero Lara, María de los Dolores. 1997. “El deber ser femenino: la imagen de la mujer yucateca en el discurso social del siglo XIX”. Tesis de Licenciatura en Historia. Mérida: UADY.
- Kirkpatrick, Susan. 1991. *Las románticas escritoras de la subjetividad en España, 1835-1850*. Madrid/Valencia: Cátedra/Universidad de Valencia.
- Menéndez, Hernán. 1995. *Iglesia y poder*. Ciudad de México: CONACULTA/Editorial Nueva América.
- Ramírez, Ignacio. 1949. “La Constitución” en *México en pos de la libertad*. Ciudad de México: Empresas Editoriales.
- Siempre viva, La. Órgano Oficial de la Sociedad de su Nombre* (1870-1871). Mérida: Imprenta de Manuel Aldana Rivas y Manuel Heredia Argüelles.
- Valencia Llano, Alonso. 2001. “Un personaje de la picaresca nacional. Darío Mazuera: un criminal colombiano que murió como héroe”. *Revista Credencial Historia*, 140: 1-20.

Fecha de recepción: 28.09.2018

Fecha de aceptación: 22.01.2019